

mas bien que de humilde cuna
de ilustre y rancia nobleza.

JUAN. (*Turbado.*) ¿Y de eso qué infieres?

BEATRIZ. Juan :

¿qué tienes? ¿por qué te alteras?

¡Ese es tu secreto!

JUAN. Si :

óyele.

BEATRIZ. (*Mirando á la puerta del foro.*)

Mi padre llega:

despues.

JUAN. Bien.

BEATRIZ. (*Aparte.*) ¡ Amor y honor,
cuántos sinsabores cuestan!

ESCENA VIII.

DICHOS y don Pedro.

PEDRO. ¡ Hijos! Juan ; por quien soy que no creia
poder hallarte aquí ; que mi cuidado ,
no bien despuntó el dia ,
te vio salir de tu arcabuz armado ,
y en el campo juzgábate á estas horas ,
en pos de las perdices voladoras.

JUAN. Padre , aquí me teneis.

PEDRO. Huélgome mucho,
que hablarte era mi anhelo.

JUAN. Hablad , padre y señor , que ya os escucho.

PEDRO. Oyeme atento pues : benigno el Cielo ,
tras largas penas te volvió á mis brazos ;
tu accediste á un deseo
que para siempre ataba antiguos lazos,
dando á tus años venturoso empleo :
mas siendo el verme tu ventura toda ,
cedí á tu ruego y aplacé la boda.

JUAN. Bien , señor , proseguid.

PEDRO. Mi vista ansiosa
de verte y contemplarte al lado mio ,
tu súplica tan justa y cariñosa ,

y el temor de que á enojo ó á desvío
mi conducta achacáras,
me han movido á ocultarte que tu enlace
hoy se ha de efectuar, si así te place.

JUAN.

¡Hoy!

BEATRIZ.

¡Tan pronto!

PEDRO.

Esta prisa bien se entiende

que no os ha de ser grata;
y si á entrambos sorprende,
tambien de un padre el corazón maltrata,
que al hijo que cobró tras larga ausencia
tener quisiera siempre en su presencia.

JUAN.

(Ap.) ¡Qué haré! ¡Cielos! ¡qué haré!

PEDRO.

Ya que mi culpa

me he visto precisado á confesarte,
escucha mi disculpa,
que cumple á mi querer desenojarte.
De don Andrés de Ulloa el valimiento
en la corte conoces; la bandera
de Felipe sostuvo su ardimiento,
su sangre prodigando en la lid fiera;
y el monarca premiar quiere su celo
con paternal desvelo.
Ahora bien, de esta nueva
que á dejar la ciudad quizá le obligue,
no bien noticia tuvo,
cuando exigió de mi amistad en prueba,
para que así su anhelo se mitigue,
que anticipase el amistoso lazo
abreviando á su honor y dicha el plazo.
Seis días hace de esto,
y el notario, la iglesia, los testigos,
todo se encuentra presto;
firmas hoy, y tu esposa
es ya mañana Serafina hermosa.

JUAN.

Padre...

BEATRIZ.

(Aparte.) ¿Qué vas á hacer?

PEDRO.

¿Qué me decías?

JUAN.

Nada, señor. (Aparte.) ¡Dios mio!

PEDRO.

Ese ropaje

que en el monte está bien, en tales dias
no es decoroso, múdate ese traje,
galan te muestra y luego te encamina
la ventura á firmar de Serafina.

Dudas?

BEATRIZ. (*Aparte.*) Juan, ¿qué has de hacer?

JUAN.

Señor : no dudo.

PEDRO. ¿Y por qué estás suspenso de esa suerte?

JUAN. (*Aparte.*) ¡Cielos! ¡no he de dudar si sé que acudo,
á firmár la sentencia de mi muerte!

(*Vase.*)

ESCENA IX.

DON PEDRO y DOÑA BEATRIZ.

PEDRO. Beatriz.

BEATRIZ. ¿Qué me mandais?

PEDRO.

Acaso es vano

el recelo que abrigo ;
mas pienso que á tu hermano
la boda no le agrada : dí ; contigo
se ha explicado algo mas ?

BEATRIZ.

De modo alguno ,

señor.

PEDRO.

Tienes razon , dió su palabra ;
mi juicio es importuno ;
con su ventura mi ventura labra ,
y en su promesa y en su amor confio ,
que es hidalgo y á mas es hijo mio.
Adios.

BEATRIZ.

¿ Tan pronto os vais ?

PEDRO.

Sí : cuando salga ,

dile á Juan que le espero
en casa de tu amiga.

BEATRIZ.

(*Aparte.*) ¡Dios me valga !)

Asi lo haré , señor.

(*Vase D. Pedro.*)

ESCENA X.

DOÑA BEATRIZ y á poco DOÑA ISABEL.

BEATRIZ.

Vacilo y muero
 si este arcano de penas
 trato de sondear ; mi hermano duda
 hinche la misma sangre nuestras venas ;
 mándame honor que á su defensa acuda
 porque en lid con su amor fuerza es que ceda ;
 y al irlo á hacer mi corazon lo veda.

ISABEL.

Señora.

BEATRIZ.

Inés.

ISABEL.

Que permitais os ruego
 que una pregunta os haga ,
 porque acaso con ella satisfaga
 una angustia , un mortal desasosiego ,
 que violento me acosa ,
 y en mi frente , en mi pecho , en mi rebosa.

BEATRIZ.

Habla , Inés.

ISABEL.

Perdonadme mi arrebató :

¿ es verdad que se casa.. ?

BEATRIZ.

Inés , ¿ quién ?

ISABEL.

¿ Vuestro hermano ?

BEATRIZ.

Cierto.

ISABEL.

(Con sañc concentrada.)

¡ Ingrato!

BEATRIZ.

Inés.

ISABEL.

No soy Inés... Mi frente abrasa ;
 se ofusca mi razon ; y el miserable
 no ha mucho que á mis plantas repetia
 que me amaba... cruel... abominable...
 infanda alevosía.

BEATRIZ.

Cálmate por piedad.

ISABEL.

Jamás , señora,

que es horrible el furor que me devora.

BEATRIZ.

Piensa que estás hablando con su hermana.

ISABEL.

Y que por serlo de él os he servido ;
 porque mucho le amé ¡ suerte tirana !
 mucho , señora , á vos os he querido ;

y aún hoy que contemplais mi saña y lloro,
en vos porque me amais y en él adoro.

BEATRIZ. Sosiégate.

ISABEL. Perdon, perdon os pido;
teneis razon, señora. Inés os falta,
y yo de vuestra casa me despido.
Quedad con Dios.

BEATRIZ. Inés. (*Aparte.*) Me sobresalta
su desesperacion.) Llega; en mi seno
tu llanto deposita y tus dolores.

ISABEL. No os apiadeis de mí que ya no peno;
ocultadle mi angustia y mis furores;
perdonadme... y á Dios... y si él acierta
á preguntar por mí, decidle «muerta.»

BEATRIZ. Oye, detente, aguarda.

ISABEL. ¿Qué me quereis?

BEATRIZ. Escucha; y no te asombre
lo que á decirte voy.

ISABEL. Nada acobarda
á la triste Isabel.

BEATRIZ. ¡Ese es tu nombre!

ISABEL. Ese mi nombre fué, cuando gozosa
sembraba amor para cojer desdichas;
ese mi nombre fué, cuando era hermosa;
era Isabel el nombre de mis dichas...
pasaron sus encantos y dulzuras,
y dejáronme llantos y amarguras.

BEATRIZ. Pues bien, doña Isabel, ese secreto
que años tantos guardásteis;
ese acerbo dolor que á mi respeto
y á mi amor ocultásteis,
le sospechaba ya.

ISABEL. ¡Vos!

BEATRIZ. Sí: la niebla

al sol tal vez oculta,
y su intenso fulgor trueca en tiniebla;
más no por largo tiempo le sepulta,
que su fuego disipa los vapores,
y huye la niebla y tornan sus fulgores.

ISABEL. Señora.

BEATRIZ. No lo soy.
 ISABEL. Siempre.
 BEATRIZ. No es justo
 que me trateis así; sé lo que obliga
 un secreto; mas ya...
 ISABEL. Vuestro disgusto
 provoqué; perdonad.
 BEATRIZ. No, dulce amiga.
 ISABEL. ¡ Dulce amiga !
 BEATRIZ. Sí tal.
 ISABEL. ¡ Ay ! ¡ pocas veces
 tan dulce nombre sonará en mi oído !
 El dolor ha apurado hasta las heces
 mi corazón herido;
 y lejos de don Juan espirar quiero,
 que en su presencia ¡ ay Dios ! mil veces muero.
 BEATRIZ. ¡ Infeliz !

ISABEL. Decís bien : por tanto amarle
 lo he sido ; y á pesar de tanta culpa ,
 para quererle mas , para adorarle ,
 encontraba mi amor siempre disculpa :
 mas hoy que me abandona ,
 hoy que la dicha que á mi fé le debe ,
 niégame ingrato y su maldad corona ;
 hoy que á pisar mi honor y amor se atreve ,
 del pecho que habitaba ¡ oh , cuál padezco !
 por siempre le destierro y le aborrezco.

(Don Juan se habrá presentado en la puerta del foro antes de decir sus últimos versos doña Isabel.)

ESCENA XI.

DICHAS y DON JUAN.

JUAN. ¡ Isabel ! ¡ Isabel !
 ISABEL. Don Juan , dejadme .
 JUAN. Jamás , jamás ; no puedo .
 ISABEL. ¿ No podeis ?
 JUAN. No , Isabel .
 ISABEL. Pues bien : matadme .



- JUAN. Matarte yo : ¡ delicia de mis ojos !
 ¡ Tesoro de mí dicha y mis amores !
 ¡ Matarte , flor hermosa y sin abrojos !
 Isabel , dueño amado , tus dolores
 han terminado ya ; mi vida es tuya :
 tu amor el bienestar me restituya.
- ISABEL. Don Juan , ya es tarde.
- JUAN. No.
- ISABEL. De vuestra vida ,
 de vuestro corazon , de vuestra mano
 disponer no podeis.
- JUAN. ¿ Quién hay que impida ?
 ¿ Quién se opondrá á mi amor ?
- ISABEL. Todo es en vano :
 una palabra disteis y os sujeta ,
 aunque á mi amor le pese,
 y es un lazo el deber que al noble aprieta.
- JUAN. Yo haré , Isabel , que tu tormento cese.
(En la puerta del foro.)
 Lucas.
- ISABEL. Callad.
- BEATRIZ. ¿ Qué intentas ?
- JUAN. Esos lazos
 que ofenden á mi amor hacer pedazos.
- ISABEL. ¡ Imposible , don Juan !
- JUAN. ¡ Nada imposible
 encuentra quien bien ama !
 ¡ Me es , Isabel , la vida irresistible
 si no la alienta de tu amor la llama !
 Si una deuda al venir necio contraje
 que el labio confirmó dudoso y frio ,
 no pude hacer á tu cariño ultraje ,
 porque dueño no fui de mi alvedrio .
 ¡ Tú amor ! ¡ solo tu amor ! y honra y deberes
 por tí sabré olvidar si tú lo quieres.
- ISABEL. ¡ Honra y deberes ! no : solo un deseo
 me acosa.
- JUAN. ¿ Y es ?
- ISABEL. Morir.
- JUAN. ¡ Ah ! sella el labio.

- ISABEL. Solo en la muerte mi descanso veo.
- JUAN. ¿De ese modo á mi amor haces agravio?
- ISABEL. Basta don Juan , adios.
- JUAN. ¿Dónde vas? ¿dónde?
- ISABEL. De vos huyendo, y de la muerte en busca que en la huesa se esconde.
- BEATRIZ. Tente.
- ISABEL. Dejadme.
- JUAN. Tu razon se ofusca :
no, no me dejarás dueño querido,
dulce tesoro por mi mal perdido.
- ISABEL. Si : partir me es forzoso :
mi presencia la dicha alteraria
don Juan, de vuestra casa y el reposo.
- JUAN. Solo tu ausencia mi desdicha haria.
- ISABEL. Tal vez os engañais : en este pecho
que encerró tanto amor, pavesas solo
viérais, memorias tristes que el despecho
borrar no pudo ni el pesar, ni el dolo:
dejad á esta infeliz, que otra belleza
os brinda de su amor con la terneza.
- JUAN. ¡Dejarte yo ! jamás: la justa saña
sabré calmar de un padre y los enojos,
si á don Andrés mi decision le estraña;
si se ofende Isabel, yo de tus ojos
la luz le mostraré, verá mi pena,
sabrà lo que á tu amor mi honor le debe ;
y si aun así mi proceder condena,
si mi dolor su corazon no mueve;
por mi nombre te juro y por el suyo,
que de nadie he de ser, ó he de ser tuyo.
Retírate.
- ISABEL. Advertid.
- JUAN. No advierto nada.
- ISABEL. Mira.
- JUAN. Tu amor y mi ventura miro :
ya mi resolucion está tomada.
- ISABEL. Olvidame.
- JUAN. Isabel ; solo un suspiro ,
una lágrima mas por tí vertida ,

bastará á emponzoñar toda mi vida.

Vete y espera.

(Doña Isabel se dirige á su habitacion.)

ESCENA XII.

D. JUAN y doña BEATRIZ.

BEATRIZ. ¡Ay hermano!

JUAN. ¿Qué recelas?

BEATRIZ. Juan, lamento
males que vendrán sin cuento
de ese tu querer tirano.

JUAN. Beatriz, ¿me culpas?

BEATRIZ. ¡Oh! no:
que el mismo error cometiera
si hombre como tú naciera
y á tu dama amase yo.

JUAN. Gracias Beatriz.

BEATRIZ. Y con todo
dificultades preveo
que has de encontrar; y no veo
de conjurarlas el modo.

JUAN. Honor y deber me impelen
á vencerlas: con su ayuda
¿quién de la victoria duda?

BEATRIZ. Tienes razon; triunfar suelen,
pero hay casos...

JUAN. (Mirando hácia la puerta del foro.)

Calla, escucha

BEATRIZ. (Desde la puerta.)

Es mi padre.

JUAN. (Aparte.) Ea, valor.

BEATRIZ. Ya llega.

JUAN. (Aparte.) Isabel, tu amor
me dará fuerza en la lucha.

ESCENA XIII.

D. JUAN, D. PEDRO y doña BEATRIZ.

- PEDRO. Aun aquí: ¡por Barrabás!
qué haciais? de qué tratábais?
¿te han dicho...
- JUAN. Que me aguardábais.
- PEDRO. ¿Y con tal sorna te estás?
- JUAN. Padre, atended.
- PEDRO. ¡Eh! no atiendo:
cuando me aparté de ti,
que ibas, dije, en pos de mí,
que te quedabas vistiendo.
Un cuarto de hora aguardé
y otro luego, y todavía
aguardándote estaría;
mas no pude, reparé
que don Andrés impaciente
se hallaba, tomé el sombrero
y vine á buscarte; espéro
si no hay otro inconveniente
que vendrás á disculparte.
- JUAN. Perdonad, padre; no puedo.
- PEDRO. ¡Cómo no! (*Aparte.*) Confuso quedo.)
¿Qué puede Juan estorbarte...
Por qué razon...
- JUAN. Padre oidme.
- PEDRO. Habla; mi impaciencia es suma.
- JUAN. Hay un secreto que abruma
mi vida.
- PEDRO. Juan.
- JUAN. Permitidme
que os le declare.
- PEDRO. Despues:
ahora sígueme.
- JUAN. ¿Y á dónde?
- PEDRO. ¿No piensas venir, responde,
á casa de don Andres?

JUAN. Imposible, padre.

PEDRO. ¿Olvidas
que tu palabra empeñaste?
¿que eres mi sangre olvidaste?

JUAN. Señor, nó.

PEDRO. Que te decidas
á cumplir como quien eres
espero entonces: ¿aún dudas?

BEATRIZ. Señor, oidle.

PEDRO. Ni acudas
en su defensa, ni esperes
que mi saña has de calmar.
¿Vienes, hijo?

JUAN. Señor, nó:
perdonad.

PEDRO. Tu infamia yo
ya empezaba á sospechar.

JUAN. ¡Yo infamia!

PEDRO. Sí, infamia dije,
y alevosía y bajeza:
¿por qué humillas tu cabeza?

JUAN. Porque sois padre, y lo exige
mi deber.

PEDRO. También exijo
que mi ancianidad no inquietes
y tus promesas respetes,
que eres de quien eres hijo.

JUAN. Honrado, padre, nacisteis;
con honra vivido habeis,
mi cariño conocéis
si mis liviandades visteis;
quiero ser tan respetado
como vos que me culpáis;
mas si hago lo que mandáis
no podré vivir honrado.

PEDRO. ¡Cómo no!

JUAN. Porque si lleno
mi deber de agradecido
y otra deuda antigua olvido,
mi amor y mi honor condeno.

PEDRO. ¡ Tu amor y tu honor ! ¿ Qué dices ?

JUAN. Que si una palabra he dado,
á otra palabra he faltado
que dí en mis años felices.

PEDRO. Si en tus años de locura
obrabste necio , insensato ,
debes ya con mas recato
obrar en tu edad madura ;
y pues yo tus devaneos
supe olvidar , el cariño
que tuviste cuando niño
y hoy se opone á tus deseos ,
sacrifica á mi ventura.

JUAN. Padre , el honor de una dama
mí mano y vida reclama :
¿ he de hacer su desventura ?

PEDRO. ¿ Y has de faltar al empeño
que conmigo contragiste ?

JUAN. Entonces...

PEDRO. ¿ Por qué mentiste ?

JUAN. De mí mismo no era dueño ;
triste , engañado y confuso
por su muerte que creia
consentí , que no debia ,
y esta boda se dispuso.
Resuelto por vos , señor ,
á sacrificarme estaba ;
y aunque el corazon me daba
que aquí se hallaba mi amor ,
yo mi promesa cumpliera
si á esa dama no encontrára ,
y su dolor no mirára,
y honor no me detuviera.

PEDRO. ¿ Conque la has visto ?

JUAN. La he visto ,
señor.

PEDRO. ¿ Y hoy ha sido ?

JUAN. Hoy.

PEDRO. ¿ Y aquí mismo ? (*Aparte.*) Loco estoy.

JUAN. Sí , señor.

solo aguardaba consuelos,
afrentas solo consigo...
pues bien...

JUAN. Señor.

PEDRO. Te maldigo.

BEATRIZ. (*Arrojándose á los pies de su padre.*)
Perdon.

ISABEL. (*Aparte.*) Huyamos.

PEDRO. (*Rechazando á su hija.*) No.

ISABEL. ¡Cielos!

(*Atraviesa rápidamente la escena y sale por la puerta del foro.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN y LUCAS. Este aparece dando el brazo á aquel que sale de su dormitorio con el brazo vendado.

LUCAS. Aguarde usarcé, señor,
á que ese sillón de brazos
acerque.

JUAN. No es menester.

LUCAS. ¡Cómo que no! Voto al diablo,
si os han hecho tres sangrias.

JUAN. ¡Y que importa!

LUCAS. Estareis falto
de fuerzas; es natural.

JUAN. Fuerzas le faltan al ánimo;
Dices bien.

LUCAS. Señor, y al cuerpo:
que al fin no se hizo de canto.
¿Sabe ucé lo que ha sufrido,
y que el doctor nada escaso,
pues no era suyo el pellejo,
pinchó firme y rajó largo,
brotando del rasguñon
mas sangre que de un balazo?
¿Sabe ucé que ni un momento
el delirio le ha dejado
desde aquel día?...

JUAN. Silencio:
no me lo acuerdes.

LUCAS.

Ya callo.

(Se sienta D. Juan en el sillón.)

JUAN.

¿Y mi hermana?

LUCAS.

No consiente

el viejo que á vuestro cuarto
se acerque : á pesar de todo ,
su severidad burlando ,
horas y aun noches enteras
al lado vuestro ha pasado.

JUAN.

¿Y tú, que has hecho? Me ha dicho
Blasa, que en el día aciago
que hace poco recordaste,
despareció....

LUCAS.

Sí: fue un chasco

de mi flor.

JUAN.

Pero tú...

LUCAS.

Al punto

quise tomar un caballo
y seguirla; pero nada,
el viejo echaba venablos;
y al ir á marcharme ¡zás!
ceñudo me sale al paso,
me hace bajar, y me dice:
«Que él en su casa es el amo
y nadie mas; que si en ella
pensaba seguir, callado,
y obediente y sordo y quieto
fuese: pues de lo contrario,
sin mas hablar, me echaria
por la puerta de los carros.»

JUAN.

¿Y nada de ella has sabido?

LUCAS.

Señor: Lúcio el hortelano
me ha dicho que la habia visto,
desesperada y llorando,
dirigirse á la ribera
del Henares.

JUAN.

¡Cielo santo!

¿será cierto?

LUCAS.

¡Bah! señor;

ese Lúcio es un gagnápiro,

que ni sabe lo que dice
ni aun la conoce.

JUAN.

Es en vano
que trates de minorar
mi sentimiento; lo extraño
fuera que obtuviese tregua
mi dolor y mi quebranto.

LUCAS.

Cuando os digo que es mentira.

JUAN.

¿Y en qué te fundas?

LUCAS.

Yo...

JUAN.

Vamos:

habla.

LUCAS.

En que segun me ha dicho
doña Beatriz, ese paso
es imposible.

JUAN.

¿Y por qué?

LUCAS.

Señor, para mí es muy claro.
De usarcé el amor sabia;
tambien oyó, á no dudarlo,
que el bodorrio se llevaban
dos mil legiones de diablos;
y amándoos y siendo amada...
y al cabo señor, al cabo
es muger, y...

JUAN.

Esas razones
que á otra sirvieran de obstáculo,
la muerte de mi Isabel
y mi llanto aceleraron.
Sí, Lucas, ella entendió
de mi padre el desagrado,
vió su nombre escarnecido,
oyó con furor insano
á su amante maldecir;
y entonces en su arrebató...
No lo dudes, ya mis dichas
en el mundo se acabaron.

LUCAS.

¡Qué diantre!

JUAN.

Lucas, cien veces
la muerte busqué en el campo,
y de espadas y arcabuces

otras tantas quedé salvo :
 ¿ Por qué respetó el cañon
 mi vivir ? ¡ Cielo inhumano !
 ¡ Poder con honra morir ,
 y vivir como un menguado !

LUCAS. Calmaos , señor.

JUAN. No puedo.

LUCAS. ¿ Qué intentais ?

JUAN. (*Queriendo quitar la venda del brazo.*)

Quiero estos lazos

deshacer para que corra
 la sangre que me ha quedado ;
 y de este modo acortar
 de mi sufrimiento el plazo.

LUCAS. No lo consiento. ¡ Favor !
 ¡ Socorro ! (*Forcejea con su amo.*)

JUAN. Calla.

LUCAS. No callo.

Doña Beatriz , Blasa , pronto.
 ¡ Ya sois mio ! ¡ Voto al chápíro !
 (*Empujándole y dejándole caer en el sillón.*)

ESCENA II.

DICHOS y BLASA.

BLASA. ¡ Jesus ! ¿ Qué voces son esas ?

JUAN. Lucas , suéltame.

LUCAS. No , mi amo ;
 hasta ahora mandásteis vos ;
 ahora yo soy el que mando.

BLASA. Señor.

JUAN. Blasa.

BLASA. ¿ Qué insolencia
 es esta ? (*A Lucas.*) Suelta bellaco.

¿ Asi á tu señor te atreves ?

LUCAS. Cállese , doña Espantajo.

BLASA. Malsin.

LUCAS. Bruja.

JUAN. (*A Lucas.*) Déjame.

BLASA. Dice bien : suéltele , ó hago

que vengan Lucio y Francisco,
y le derrienguen á palos.

LUCAS.

¿A mi?

BLASA.

A ucé.

LUCAS.

(*Antes de soltarle.*) Si no mirara...

¿Tratareis?...

JUAN.

No: solo trato

de que me dejen morir.

LUCAS.

Es que...

JUAN.

No temas.

BLASA.

Cuidado

que es mucha infamia!

LUCAS.

Señora,

¿sabe ucé lo que está hablando?

BLASA.

Mucho que sí:

JUAN.

Blasa, cálmate.

BLASA.

Fortuna que os ha soltado;
que si no, me echo á su cuello
y los gañotes le arranco.

LUCAS.

Sosíéguese, buena vieja.

JUAN.

Silencio.

BLASA.

A ese temerario

despedid.

JUAN.

Bien, Blasa; luego.

BLASA.

¡Atreverse el muy bellaco
á poner la mano en vos!

LUCAS.

Prefiriera, el siglo andando,
que le dejara arrancarse
todas las vendas y trapos
para que le hallase muerto
á su llegada.

BLASA.

¡San Pablo

¿Es eso verdad, señor?

JUAN.

Sí, Blasa; fué un arrebató,
un vértigo, qué sé yo.

BLASA.

Habeis estado tan malo
que no estraño nada de eso.

LUCAS.

Lo que para mí es estraño
es que vos...

BLASA.

Teneis razon

perdonad ; venga esa mano.

LUCAS.

(Ap.) Esto es peor.)

BLASA.

¿ No quereis ?

LUCAS.

Ahí va. (Ap.) Qué diantre de garfios.)

BLASA.

Ahora que Lucas y yo

en paz y amigos quedamos ,

decidme , señor : ¿ quereis

algun alimento ? ¿ un caldo ?

¿ Quereis que llame al doctor ,

ó que avise al cirujano ?

LUCAS.

¿ Al pinchador ? No , por Cristo.

JUAN.

No , Blasa , no es necesario ;

ya estoy mejor ; lo que quiero

es ver á Beatriz.

BLASA.

Volando

voy á avisarla , á pesar

de que don Pedro algo zaino

anda con vos ; y no quiere

que á vuestro cuarto vengamos ,

ni vuestra hermana ni yo ;

¿ mas qué importa ? Os he criado ,

como quien dice , y por vos...

dejadlo todo á mi cargo. (Vase.)

ESCENA III.

DON JUAN y LUCAS.

JUAN.

¡ Pobre muger ! ¡ Se desvive

por mí !

LUCAS.

Cierto.

JUAN.

¡ Me ama tanto !

LUCAS.

Tanto , que si me descuido

hoy de serviros acabo.

JUAN.

Me ha visto nacer.

LUCAS.

Y á mí

intentaba verme ahogado ;

y no dudeis que lo hiciera ,

que son tenazas sus manos.

JUAN.

Lucas , basta ya de chistes ,

que no estoy para aguantarlos.

- LUCAS. Bien, señor: ya estoy mas serio
que un cañon; que habéis aguardo.
- JUAN. Quiero nuevas de Isabel.
- LUCAS. Las tendreis.
- JUAN. Si fin infausto
es tan cierto para mí
como es mi pesar amargo;
mas quiero saberle.
- LUCAS. Bien.
- JUAN. Segun lo que me has contado,
no permitirán que saques
de esta casa mi caballo.
- LUCAS. Así lo infiero.
- JUAN. No importa:
toma esta bolsa.
- LUCAS. (Ap.) Es muy sabio
ese modo de pensar.)
¿Y qué hago de ella, la guardo?
- JUAN. Lucas... sales lo primero
de la ciudad con recato.
- LUCAS. ¿Y luego?
- JUAN. Inquieres, preguntas
á todos, y sin descanso,
si vive (¡ plégue á los cielos !)
y la hallas...
- LUCAS. Basta, dejadlo.
- JUAN. Si ha muerto, quiero que traigas
sus restos, por si mi llanto
tornarlos puede á la vida,
y si no para adorarlos.
Mi hermana. (Viendo á doña Beatriz.)
- LUCAS. Señor, á Dios.
(Ap.) Poco me agrada este encargo.) (Vase.)

ESCENA IV.

DONA BEATRIZ y DON JUAN.

- JUAN. Beatriz.
- BEATRIZ. Juan, ¿ estás mejor ?
- JUAN. Si; gracias á tu cuidado

me encuentre mas aliviado.

BEATRIZ. Grande ha sido mi temor.

JUAN. ¿De qué, hermana?

BEATRIZ. ¿Eso preguntas?

Juan, por tu vida temblaba.

JUAN. Por mi vida: ¿y qué importaba
si están mis dichas difuntas?

BEATRIZ. ¡Juan!

JUAN. Beatriz, tú lo conoces;
para que en su muerte crea,
todo cuanto me rodea
me lo está diciendo á voces.
Mi padre, airado conmigo,
me maldice; don Andrés
me desprecia acaso, y es
este mi menor castigo;
mi proceder acrimina,
porque el fuego ardiente ignora
que el corazon me devora
esa muger... Serafina...
Todos se apartan de mí;
todos son contra mí enojos...
¿dónde dirigir mis ojos
si no los vuelvo hácia tí?

BEATRIZ. Tienes razon; yo tu duelo
puedo comprender no mas,
porque sufro yo quizás
lo que tú, ¡sábelo el cielo!

JUAN. Tambien yo: por eso, hermana,
conmigo mismo cruel
no hablándote de Isabel,
ser quiero... (*Breve pausa.*)

¡Esperanza vana!
¡Callas! ¿Murió?

BEATRIZ. Lo aseguran,
pero quizás...

JUAN. No, Beatriz;
ya esa noticia infeliz
hasta las piedras murmuran.

BEATRIZ. ¿Y quién te ha dicho...?

